

## AZUL DE MAPA

Azul de mapa. Desvaídos ciclos.  
Agua de océano esterilizado  
en un plano geográfico rayado  
De meridianos y de paralelos.

Barroz cerúleo que se resquebraja.  
No hay nada más falible que el misterio  
Del hombre que ha pintado un planisferio  
O el hombre que ha pintado una baraja.

Azul de mapa. El pájaro y la oruga.  
Y Hércules con su trenza de serpientes  
Sosteniendo los cinco continentes.  
Y el león, y la sirena, y la tortuga.

Azul de mapa. Escudálicas piltrafas  
De tripulantes cuyo empaque aterra.  
Que atracan con el plano de otra tierra  
Y una inscripción que dice: aquí hay jirafas.

Y Américo Vespucio, navegante,  
—Nombre terrible como su destino—  
Dibujado en un códice marino  
Con un compás de hierro y un sextante.

Reloj de arena. Rosa de los vientos,  
Que humillan bajo exacta vigilancia,  
La eternidad del tiempo y la distancia  
Con invariables desmenuzamientos.

Y la luz submarina de un acuario.  
Fauna y flora del mar. Falsas marcas.  
Y las madreporas y las lampreas.  
Y el pez delfín y el pulpo milenario.

Y la cruz de los puntos cardinales  
Y las cuádruples líneas de las rutas  
Llenas de embarcaciones diminutas  
Con sus velámenes piramidales.

Y la emoción portuaria de esos bares.  
—Barcas de costa firme, siempre ancladas—  
A donde imita zonas no exploradas  
El verde vegetal de los billares.

Todo eso causa un sideral arrobo.  
Porque el azul de la cartografía,  
Tiene un matiz de volatineria  
Como el azul elástico de un globo.

HORACIO REGA MOLINA

# El err...

Por Charles Rideaux

UNA radiante mañana estival Matt Harvey entró en la sucursal de Banco de Boston en París y presentó un cheque por doscientos noventa francos.

Matt era ciudadano estadounidense, de cuarenta y ocho años de edad, alto y fornido. El sombrero que tenía puesto era grisáceo, el traje que llevaba no había sido cepillado por espacio de varias semanas, los tacos de sus zapatos estaban torcidos y su camisa era sucia. Pero el joven empleado que lo atendió hizo caso omiso del estado del cliente. En París no se suele juzgar a las personas de acuerdo con su apariencia, pues es sabido que son frecuentes los casos cuando un caballero petiseto no tiene un centavo en los bolsillos de su traje elegante, o que una chica lujosamente vestida resulta ser una dactilógrafa que gana un mísero sueldo.

Sin fijarse con mayor atención en Harvey el empleado del banco dio vuelta al cheque para mirar la firma que llevaba al dorso.

—¿Tiene su pasaporte? — preguntó luego.

—¡Ahí lo tiene — replicó Matt, presentando el documento. — No le quepa la menor duda acerca de la calidad del cheque — agregó — pues me lo dio la Compañía Ame-

ricana de Turismo, la cual, como usted sabe, posee millones de dólares. Y, por si le interesa saber en qué pienso emplear este dinero, le diré que estoy por poner toda la suma al caballo que toma parte en las carreras de esta tarde y que se llama "La Chica con Rosas".

—Está usted seguro de que esto está en orden? — preguntó el empleado.

—¡Completamente seguro, señor — contestó el empleado con tono seco, disponiéndose a atender a la chica de las rosas.

—¡Estoy seguro de que esto está en orden! — exclamó Matt, moviendo su sombrero por adelante y rascándose la nuca, — porque tuve un indicio seguro. Esta mañana al salir de mi casa me di de manos a boca con una muchacha que vendía rosas. Y hete ahí ahora con "rosas". Si esto no es de buen augurio no sé qué es lo que puede llamarse tal.

El empleado dijo que entendía poco en cuestiones bípticas, sin embargo, Matt siguió desarrollando acaloradamente su tema predilecto. Entretanto, el cheque fue devuelto al joven. Este abrió el cajón del que extrajo un paquete de billetes de banco de a mil francos. Harvey interrumpió de golpe su charla, observando los hábiles dedos del empleado que con-

de a atender a la chica de las rosas. —Sin embargo, si quiere comenzar, puede contar el dinero. Si no tiene inconveniente, háganle el favor de apartarse un poco de la caja: otras personas esperan su turno.

—Está bien — contestó Matt. No veo necesidad de contar.

Con estas palabras guardó el dinero en el bolsillo y salió del banco.

Una vez en la calle se encaminó al bar de Mike, atravesando un par de plazas y se detuvo en la última donde se sentó en su rincón acostumbrado, aturrido y perplejo.

El bar de Mike era el punto en el que solían encontrarse los estadounidenses residentes en París. Pero en aquella hora no había nadie más que el mozo Julien, al que Matt encargó una copa de cognac. La apuro de un tiempo y permaneció sentado, entregado a sus reflexiones. Llegó a comprender cómo había sido cometido el error: el empleado tomó la suma de 290.000 francos por 29.000 francos y, distraído por la aparición de la bella chica con rosas, no se fijó en la suma escrita con palabras.

Con la mano temblorosa a solé Matt de un bol-

ningún robo. No le cabía la menor duda de que la dirección del banco prefería perder 29.000 francos antes que reconocer ante los tribunales que era capaz de cometer semejante error. Y aún suponiendo que le iban a levantar el juicio, Matt sabía que en Francia los asuntos judiciales duraban años y años, y con un poco de destreza de parte del acusado adinerado, terminaban a su favor.

Hacia tres años que Harvey vivía en París. Teniendo un excelente empleo en Nueva York había ido a la capital mundial para pasar las semanas de su licencia. Durante su estadía en París se entusiasmó por el juego de naipes y por las carreras, en las que iba gastando paulatinamente sus ahorros. Recibió la carta de su patrón que decía que si no volvía inmediatamente a Nueva York perdería su empleo. Matt no contestó la carta y quedó en París. Una vez agotados todos sus recursos buscó trabajo, pero no logró ganar bien en contra un empleo fijo. En verano se ponía a disposición de la Compañía Americana de Turismo para acompañar a las excursiones estadounidenses en sus correrías por París, pero este trabajo le aportaba muy poca ganancia y él pasaba por una época crítica.

Mil ciento diez y seis dólares representaban una transición del estado desesperante al

El joven se volvió más pálido aún; estaba próximo a desmayarse.

—Voy a dar parte a la policía — murmuró con voz ronca.

—¡Muy bien — contestó Harvey. — Díre que usted miente.

—No sé si pueden ponerlo preso, — dijo el empleado del banco, — pero sé lo que me va a pasar a mí... Mi deber es llevar el hecho al conocimiento del gerente. No lo hizo todavía porque abrigaba la esperanza de haberme con una persona honrada que me iba a devolver el dinero.

—Busche, hijo mío — replicó Matt. — Soy un fracasado, casi un vagabundo, pero cuando vine a París, hace tres años, tenía un buen empleo en Nueva York y dinero ahorrado. Todo lo perdí acá y ahora la única esperanza de levantarme de nuevo al nivel de una persona decente consiste en conservar el dinero que recibí esta mañana.

—Señor — exclamó el joven — gano en el banco dos mil francos por mes y tengo esposa y tres hijos. Hace seis semanas falleció mi padre y tengo que mantener a mi anciana madre. Si esta misma tarde, antes del cierre del banco, no devuelvo a la caja los veinte mil francos, perderé mi empleo y ningún banco me aceptará jamás.

—¿Por qué? — preguntó el joven.

—Porque si no devuelvo a la caja los veinte mil francos, perderé mi empleo y ningún banco me aceptará jamás.

—¿Por qué? — preguntó el joven.

—Porque si no devuelvo a la caja los veinte mil francos, perderé mi empleo y ningún banco me aceptará jamás.

—¿Por qué? — preguntó el joven.

—Porque si no devuelvo a la caja los veinte mil francos, perderé mi empleo y ningún banco me aceptará jamás.

De pronto vino acercándose al empleado del banco, quien le había atendido aquella ma-



fina. Tenía la cara demudada y los ojos alabardados. El joven se dejó caer en una silla al lado de Harvey y pronunció con voz temblorosa:

—En la Compañía de Turismo me dijeron que podía encontrarlo aquí. ¿Me devolvería usted el dinero o quiere que llame a la policía?

—¡Usted no puede hacerme nada — replicó Matt con tono tranquilo. — No tiene pruebas de que me ha dado este dinero a mí y no lo haya arrojado, destruido, en la canasta. Ante la justicia no soy responsable por un error cometido por usted.

—¿Pueden ponerlo preso, — dijo el empleado del banco, — pero sé lo que me va a pasar a mí... Mi deber es llevar el hecho al conocimiento del gerente. No lo hizo todavía porque abrigaba la esperanza de haberme con una persona honrada que me iba a devolver el dinero.

—Busche, hijo mío — replicó Matt. — Soy un fracasado, casi un vagabundo, pero cuando vine a París, hace tres años, tenía un buen empleo en Nueva York y dinero ahorrado. Todo lo perdí acá y ahora la única esperanza de levantarme de nuevo al nivel de una persona decente consiste en conservar el dinero que recibí esta mañana.

—Señor — exclamó el joven — gano en el banco dos mil francos por mes y tengo esposa y tres hijos. Hace seis semanas falleció mi padre y tengo que mantener a mi anciana madre. Si esta misma tarde, antes del cierre del banco, no devuelvo a la caja los veinte mil francos, perderé mi empleo y ningún banco me aceptará jamás.

—¿Por qué? — preguntó el joven.

—Porque si no devuelvo a la caja los veinte mil francos, perderé mi empleo y ningún banco me aceptará jamás.

—¿Por qué? — preguntó el joven.

—Porque si no devuelvo a la caja los veinte mil francos, perderé mi empleo y ningún banco me aceptará jamás.

—¿Por qué? — preguntó el joven.

—Tengo cuarenta y ocho años de edad — pronunció Harvey. — Usted no puede concebir lo penoso que es verse arruinado en el caso de su vida.

—Me voy a suicidar — exclamó con vehemencia su interlocutor.

—Usted no lo hará — contestó Matt con calma. — Es

Harvey fueron interrumpidos por la aparición de Willy Brown, un diestro negro que recorría los cafés de París, vendiendo los periódicos y tomando apuestas para las carreras.

—¡Sobre qué caballo pone hoy, señor Harvey? — preguntó a Matt.

Este lo miró distraído, dió



Matt se dio vuelta y vio una encadenadora joven cuyo resultado estaba adornado con un ramito de rosas. Matt colocó en sus labios la mejor sonrisa para recibir la nueva clientela del banco.

joven y sabrá salir airoso del paso. En cambio yo soy viejo y se necesitaba solo una milla para salvarme de la miseria. No sé tan insensato como para arriesgar con mis propias manos la buena suerte que me toco. Usted me amenaza con que me va a pasar a mí y no lo haya arrojado, destruido, en la canasta. Ante la justicia no soy responsable por un error cometido por usted.

—¿Pueden ponerlo preso, — dijo el empleado del banco, — pero sé lo que me va a pasar a mí... Mi deber es llevar el hecho al conocimiento del gerente. No lo hizo todavía porque abrigaba la esperanza de haberme con una persona honrada que me iba a devolver el dinero.

—Busche, hijo mío — replicó Matt. — Soy un fracasado, casi un vagabundo, pero cuando vine a París, hace tres años, tenía un buen empleo en Nueva York y dinero ahorrado. Todo lo perdí acá y ahora la única esperanza de levantarme de nuevo al nivel de una persona decente consiste en conservar el dinero que recibí esta mañana.

—Señor — exclamó el joven — gano en el banco dos mil francos por mes y tengo esposa y tres hijos. Hace seis semanas falleció mi padre y tengo que mantener a mi anciana madre. Si esta misma tarde, antes del cierre del banco, no devuelvo a la caja los veinte mil francos, perderé mi empleo y ningún banco me aceptará jamás.

—¿Por qué? — preguntó el joven.

—Porque si no devuelvo a la caja los veinte mil francos, perderé mi empleo y ningún banco me aceptará jamás.

—¿Por qué? — preguntó el joven.

—Porque si no devuelvo a la caja los veinte mil francos, perderé mi empleo y ningún banco me aceptará jamás.

—¿Por qué? — preguntó el joven.

—Porque si no devuelvo a la caja los veinte mil francos, perderé mi empleo y ningún banco me aceptará jamás.

vuelta al papelito que tenía en la mano y exclamó: "La chica con Rosas" — 290.000 francos. Luego sacó de su bolsillo los billetes que le había dado el empleado del banco y los puso en la mano del negro.

—290 FRANCO

Matt pasó toda la tarde en el bar de Mike, tomando vino en el que solía buscar consuelo para sus desdichas. Por fin, en un estado de sopor, dejó caer la cabeza sobre la mesa. Al declinar la tarde se despertó sobresaltado, sintiendo que una mano le sacudía el hombro. Era Willy Brown, quien lo miraba con los ojos desmesuradamente abiertos y le decía con la voz temblorosa de emoción:

—Le felicito, señor... Ha tenido mucha suerte. — "De qué se trata? — preguntó Matt asombrado.

—Como — exclamó el negro en el colmo de estupefacción. — No sabe usted que el caballo ganó? (Que dejó atrás a todos) ¡Por Dios, señor, cómo puede permanecer aquí durmiendo!

—¿Pero qué está diciendo, hombre? ¡Cuál es el caballo que ganó?

—"Honradez", señor. — "¿Y qué tengo que ver yo en eso?"

—¿Pero usted puso sobre el caballo, señor — exclamó el negro. Acá tengo el papel con su anotación y aquí le traje veinte mil francos. ¡Usted no sabe que el caballo ganó! (Que dejó atrás a todos) ¡Por Dios, señor, cómo puede permanecer aquí durmiendo!

—¿Pero qué está diciendo, hombre? ¡Cuál es el caballo que ganó?

—"Honradez", señor. — "¿Y qué tengo que ver yo en eso?"



ricana de Turismo, la cual, como usted sabe, posee millones de dólares. Y, por si le interesa saber en qué pienso emplear este dinero, le diré que estoy por poner toda la suma al caballo que toma parte en las carreras de esta tarde y que se llama "La Chica con Rosas".

—Está usted seguro de que esto está en orden? — preguntó el empleado.

—¡Completamente seguro, señor — contestó el empleado con tono seco, disponiéndose a atender a la chica de las rosas.

—¡Estoy seguro de que esto está en orden! — exclamó Matt, moviendo su sombrero por adelante y rascándose la nuca, — porque tuve un indicio seguro. Esta mañana al salir de mi casa me di de manos a boca con una muchacha que vendía rosas. Y hete ahí ahora con "rosas". Si esto no es de buen augurio no sé qué es lo que puede llamarse tal.

El empleado dijo que entendía poco en cuestiones bípticas, sin embargo, Matt siguió desarrollando acaloradamente su tema predilecto. Entretanto, el cheque fue devuelto al joven. Este abrió el cajón del que extrajo un paquete de billetes de banco de a mil francos. Harvey interrumpió de golpe su charla, observando los hábiles dedos del empleado que con-

de a atender a la chica de las rosas. —Sin embargo, si quiere comenzar, puede contar el dinero. Si no tiene inconveniente, háganle el favor de apartarse un poco de la caja: otras personas esperan su turno.



El joven se volvió más pálido aún; estaba próximo a desmayarse.

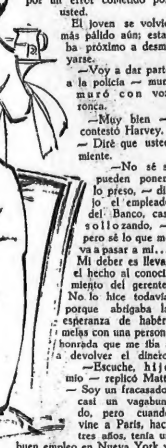
—Voy a dar parte a la policía — murmuró con voz ronca.

—¡Muy bien — contestó Harvey. — Díre que usted miente.

—No sé si pueden ponerlo preso, — dijo el empleado del banco, — pero sé lo que me va a pasar a mí... Mi deber es llevar el hecho al conocimiento del gerente. No lo hizo todavía porque abrigaba la esperanza de haberme con una persona honrada que me iba a devolver el dinero.

—Busche, hijo mío — replicó Matt. — Soy un fracasado, casi un vagabundo, pero cuando vine a París, hace tres años, tenía un buen empleo en Nueva York y dinero ahorrado. Todo lo perdí acá y ahora la única esperanza de levantarme de nuevo al nivel de una persona decente consiste en conservar el dinero que recibí esta mañana.

—¿Por qué? — preguntó el joven.



De pronto vino acercándose al empleado del banco, quien le había atendido aquella ma-

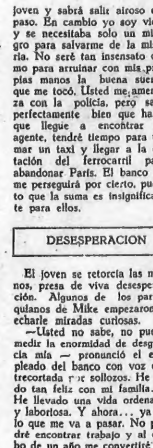
fina. Tenía la cara demudada y los ojos alabardados. El joven se dejó caer en una silla al lado de Harvey y pronunció con voz temblorosa:

—En la Compañía de Turismo me dijeron que podía encontrarlo aquí. ¿Me devolvería usted el dinero o quiere que llame a la policía?

—¡Usted no puede hacerme nada — replicó Matt con tono tranquilo. — No tiene pruebas de que me ha dado este dinero a mí y no lo haya arrojado, destruido, en la canasta. Ante la justicia no soy responsable por un error cometido por usted.

—¿Pueden ponerlo preso, — dijo el empleado del banco, — pero sé lo que me va a pasar a mí... Mi deber es llevar el hecho al conocimiento del gerente. No lo hizo todavía porque abrigaba la esperanza de haberme con una persona honrada que me iba a devolver el dinero.

—Busche, hijo mío — replicó Matt. — Soy un fracasado, casi un vagabundo, pero cuando vine a París, hace tres años, tenía un buen empleo en Nueva York y dinero ahorrado. Todo lo perdí acá y ahora la única esperanza de levantarme de nuevo al nivel de una persona decente consiste en conservar el dinero que recibí esta mañana.



De pronto vino acercándose al empleado del banco, quien le había atendido aquella ma-

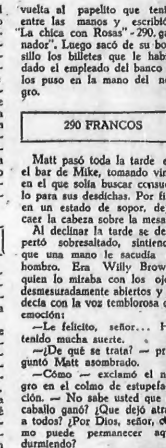
fina. Tenía la cara demudada y los ojos alabardados. El joven se dejó caer en una silla al lado de Harvey y pronunció con voz temblorosa:

—En la Compañía de Turismo me dijeron que podía encontrarlo aquí. ¿Me devolvería usted el dinero o quiere que llame a la policía?

—¡Usted no puede hacerme nada — replicó Matt con tono tranquilo. — No tiene pruebas de que me ha dado este dinero a mí y no lo haya arrojado, destruido, en la canasta. Ante la justicia no soy responsable por un error cometido por usted.

—¿Pueden ponerlo preso, — dijo el empleado del banco, — pero sé lo que me va a pasar a mí... Mi deber es llevar el hecho al conocimiento del gerente. No lo hizo todavía porque abrigaba la esperanza de haberme con una persona honrada que me iba a devolver el dinero.

—Busche, hijo mío — replicó Matt. — Soy un fracasado, casi un vagabundo, pero cuando vine a París, hace tres años, tenía un buen empleo en Nueva York y dinero ahorrado. Todo lo perdí acá y ahora la única esperanza de levantarme de nuevo al nivel de una persona decente consiste en conservar el dinero que recibí esta mañana.



De pronto vino acercándose al empleado del banco, quien le había atendido aquella ma-

fina. Tenía la cara demudada y los ojos alabardados. El joven se dejó caer en una silla al lado de Harvey y pronunció con voz temblorosa:

—En la Compañía de Turismo me dijeron que podía encontrarlo aquí. ¿Me devolvería usted el dinero o quiere que llame a la policía?

—¡Usted no puede hacerme nada — replicó Matt con tono tranquilo. — No tiene pruebas de que me ha dado este dinero a mí y no lo haya arrojado, destruido, en la canasta. Ante la justicia no soy responsable por un error cometido por usted.

—¿Pueden ponerlo preso, — dijo el empleado del banco, — pero sé lo que me va a pasar a mí... Mi deber es llevar el hecho al conocimiento del gerente. No lo hizo todavía porque abrigaba la esperanza de haberme con una persona honrada que me iba a devolver el dinero.

—Busche, hijo mío — replicó Matt. — Soy un fracasado, casi un vagabundo, pero cuando vine a París, hace tres años, tenía un buen empleo en Nueva York y dinero ahorrado. Todo lo perdí acá y ahora la única esperanza de levantarme de nuevo al nivel de una persona decente consiste en conservar el dinero que recibí esta mañana.

## Buscaban los

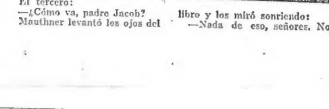
Fritz Mauthner, el renombrado crítico, se encontró, durante un viaje que tuvo que hacer en una ocasión, en compañía de tres estudiantes. Y como Mauthner iba leyendo un libro y, muy a menudo se metía en su conversación, decidieron los estudiantes saludarle en esta forma:

El primero: —Buenos días, padre Abraham.

El segundo: —¿Qué tal, padre Isaac?

El tercero: —¿Cómo va, padre Jacob?

Mauthner levantó los ojos del



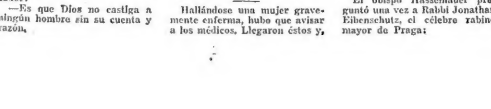
## asnos - Dios castiga por su cuenta - La

soy el padre Abraham, ni Isaac, ni Jacob. ¿Están quiénes? Pues soy Saúl, enviado por su padre para buscar tres asnos que se han perdido. ¡Y quien habla de decirme que los iba a encontrar tan pronto!

A Rabbi Jakob Kram, el famoso predicador de Burin, le pregunté "un amigo: —¿Por qué, si tonos tan en serio tus terribles homilías, llenas de amenazas, permites que te las pregunten?"

—¡Está usted seguro de que esto está en orden? — preguntó el empleado.

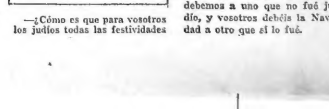
—¡Completamente seguro, señor — contestó el empleado con tono seco, disponiéndose a atender a la chica de las rosas.



## enfermedad

comenzan ya la víspera, menos la del Porri, que es en la tarde del mismo día. ¿Qué explicación le causa?

—Para contestar a esta pregunta, excelencia — repuso Rabbi Jonathan, — he de interrogar a los doctores. Pues es lo que yo sé. Y es que la víspera de la Navidad del Señor, cuando así que todas no ves más que una consecuencia, y es que lo uno se deriva de lo otro. Entonces, ¿por qué debemos a uno que no fué judío, y vosotros decís la Navidad a otro que él lo fué.



# JARABE NEGRI

EN VENTA EN TODA BUENA FARMACIA



**Señora:** Cuide a sus niños celosamente; no desatendida en ellos ni los más leves accesos de tos, que pueden complicaciones fatales. Tenga siempre a mano, en previsión de ello JARABE NEGRI, que no es un medicamento nuevo, sometido a experiencias médicas como insustituible jarabe contra la tos en los niños — aun contra la más sagrada tos convulsa — y a la vez, de efectos tónicos maravillosos. EL JARABE NEGRI es el más eficaz guardián de la salud de los niños y les permite criarse sanos y contentos.

Procesada por las Grandes Fábricas y Laboratorios Farmacéuticos Argentinos de la DROGUERIA DE LA BOTRELLA LTDA. RIVADAVIA 1501 BUENOS AIRES



UN NIÑO SANO Y CONTENTO ES LA MAS PRECIOSA JOYA  
DE TODA MADRE. LA MAS PURA FELICIDAD DE TODO HOGAR



# Primeras Revelaciones de Misteriosos Crímenes y



**EL ACTUAL DUQUE DEL TITULO.** - El actual duque de Devonshire dirigiéndose con su hija a una ceremonia oficial en Londres. Este noble inglés posee, junto con el duque de Westminster, la mayor cantidad de tierras en Inglaterra. Este noble es uno de los íntimos amigos del rey Jorge V.

**BAJO EL DOBLE FONDO DEL BAUL.** - Este exquisito óleo, del célebre pintor Gainsborough, titulado "La Duquesa de Devonshire", estuvo durante varios años bajo el doble fondo de un baul. Sólo cuando lo amenazaba una muerte cierta, Adam Worth, que lo había robado, se lo entregó a Billy Pinkerton, en un último esfuerzo para conseguir su amistad.

**H**

AY una para coincidir, casi un destino, que llega al delincuente con el sabio que lo sigue la pista. El primero es un enemigo público, el otro es un protector jurado de la sociedad. No obstante, aunque sus impulsos y acciones son dos polos opuestos, a menudo hay un notable parecido en sus filosofías personales, sus temperamentos y sus creencias.

Billy Pinkerton, "El Ojo", que escudriñó hasta los más recónditos confines del hampa, efectuó todos sus principales arrestos sin derramar sangre. Adam Worth, tal vez el más grande de los transgresores de la ley que jamás haya existido, falsificó cheques por grandes sumas, desbarató innumerables cajas de caudales, robó joyas, violó correspondencia, asaltó a muchas personas, pero en toda su carrera no mató una sola vez.

Esto es un hecho sorprendente si se considera el bajo nacimiento y educación de Adam Worth. Sus padres, unos judíos que vivían en un sórdido barrio de Cambridge, Massachusetts, Estados Unidos, se encontraban socialmente varios escalones más abajo que Billy Pinkerton. Sin embargo, existe un notable paralelismo en la carrera de los dos individuos. Cada uno de ellos recibió la impresión, a una temprana edad, de la importancia, casi de la santidad del dinero.

## ZURRA TREMENDA

Uno de los recuerdos que se destacaban más claramente en la mente de Pinkerton, era cuando en su niñez, su padre Allan salió solo a arrestar a algunos estafadores que le habían dado unos cheques sin valor. Uno de los recuerdos de la niñez de Worth que más claramente estaban en su imaginación, se refería a cuando, cuando que trocó dos centavos antiguos y descoloridos por uno nuevo y reluciente que le dio cinco años.

Al saber el incidente, el viejo Worth tomó a su hijo y le dio una zurra tremenda. Adam Worth no olvidó jamás que en su niñez había sido estafado por otro niño más hábil de su misma edad. Juró que nadie volvería a ganársela en ninguna transacción y así mismo lo hizo con excepción del hijo de Allan Pinkerton.

En esta narración aparece una tercera persona muy importante, sobre la cual quedó

también grabada en forma indeleble la memoria del poder del dinero. Este fue Patrick Francis Sheedy, irlandés de nacimiento transplantado a Hartford, Connecticut, cuando tenía siete años de edad y destinado a seguir la carrera religiosa. Cuando tenía doce años, Pat presenció unas carreras de caballos en una feria del distrito. Apostó medio dólar a uno de los caballos. Su favorito ganó la carrera y el joven Sheedy cobró ocho veces el valor de su apuesta.

Si Billy Pinkerton era el supremo entre los sabuesos del mundo y Adam Worth el valiente capitán de su banda de violadores de cajas de seguridad, Pat Sheedy era, indubitablemente, el rey de los jugadores.

## SIN HACER TRAMPAS

Sheedy manejó millones; pero él también tenía su código. Nunca hizo trampas. Aunque su profesión no estaba muy de acuerdo con los moralistas convencionales, jugaba limpio. Cógelo y por qué jugar en escena con Worth y el cuadro de "La Duquesa de Devonshire", que Worth se robó, será relatado en este capítulo.

Cuarenta años y los delitos cometidos en siete países llegaron a este extraordinario trío de hombres, un transgresor de la ley, un protector de ella y un gran jugador. Worth trabajaba como mensajero en un almacén de New York, cuando tenía 16 años. Cuando estalló la guerra civil y antes de que se dejara escuchar el rugir de los cañones, ya el muchacho estaba alabrado de ser cargado de paquetes. Trabajó durante largas horas todos los días y la paga era escasa. Adam deliraba por ganar poco mucho dinero. Lo odiaba; pero por un método más común en sus días que en los nuestros.

Distinto del enrolamiento durante la Gran Guerra, en la guerra civil de los Estados Unidos dejó al concepto un punto de escape. Si la idea de pelear no gustaba al conscriptor y éste contra los que se necesitaban suficientes, podía encontrar a un sustituto, pagaba una suma de dinero y el conscripto



**ESTUDIO PRELIMINAR.** Sketch original que sirvió de inspiración para el cuadro "La Duquesa de Devonshire", que aparece a la izquierda de este grabado

se enrolaba en su lugar. Worth se contrató para servir en el ejército por un individuo más notable por sus riquezas que por su valor. Este hombre pagó a Worth mil pesos para que pasara tres años en el frente de batalla. El ingenioso muchacho sirvió ocho días. Al final de los ocho días desertó con toda seguridad. Se enviaron a todas partes cortices con la filiación de Worth y uno de ellos llegó a los archivos de los Pinkertons. Allan Pinkerton envió el documento condenatorio a su hijo, Billy, quien entonces actuó como agente secreto en el ejército del Potomac. Billy no olvidó nunca las facciones de Worth.

## HOMBRE DE SUERTE

Durante un año Worth no se dejó ver. Pasado ese tiempo aceptó nuevamente enrolarse en lugar de otro conscripto, pero esta vez la operación fue desgraciada. Por mala suerte, fue destinado a un regimiento al cual estaba asignado el joven Pinkerton. La rutina militar exigía que los reclutas desfilaran frente al cuerpo de oficiales. Instantáneamente, Pinkerton reconoció a Worth. Una vez establecida la identidad, se le dio a elegir entre el deber o el rechazo a servir su conscripción. Worth capituló, devolvió los \$1,000 y siguió en las filas. Como un ejemplo de la perversidad de este hombre, podemos decir que hizo toda la campaña sin recibir ni un solo rasguño. Cuarenta años después, él y Billy Pinkerton habían de encontrarse nuevamente...

Cuando terminó la guerra, Worth capituló, devolvió los \$1,000 y siguió en las filas. Como un ejemplo de la perversidad de este hombre, podemos decir que hizo toda la campaña sin recibir ni un solo rasguño. Cuarenta años después, él y Billy Pinkerton habían de encontrarse nuevamente...



**UNA DUQUESA ENCANTADA.** - La presente duquesa de Devonshire, en traje de corte, con corona de hojas de fresas y collares de perlas de incalculable riqueza.

Worth se dedicó al crimen. Sus primeros delitos consistieron en raterías de poca monta, pero más tarde habría de dedicarse a tareas más importantes. Una de las características de la carrera de este hombre es el episodio de su encuentro con Pat Sheedy. El jugador acababa de perder en Chicago, sobre el tapete verde, todo el dinero que llevaba consigo: \$11,000. En los momentos de retiro se encontró cara a cara con un extraño, quien le ofreció silenciosamente \$20,000. Sheedy, sorprendido, estaba a punto de rechazar el préstamo, pero el desconocido insistió: "¡Usted tendrá dinero algún día cuando esto esté arruinado!" le dijo, "¿cuánto contará con usted para que me ayude?" El muchacho era fantástico, pero Sheedy, un jugador en todo sentido, aceptó el dinero.

Cinco años más tarde, en Constantinopla, en donde Pat había abierto una casa de juego, Adam Worth, quien había sido el desconocido que le había prestado el dinero, envió un recado a Sheedy de que se encontraba preso. Por la suma de \$2,500, Pat obtuvo la libertad de Adam.

## HOMBRE DE HONOR

El jugador era un hombre de honor. Los Pinkerton lo admitieron así. Ellos lo conocieron en los hipódromos de los Estados Unidos, en donde Sheedy apostaba constantemente en los grandes sumas. Los "habitués" de las carreras eran a menudo clientes de la Agencia Pinkerton y ésta protegía a los apostadores profesionales, los cuales con todo su dinero eran pre-

sas muy codiciadas para los ladrones.

Mientras tanto, ¿qué hacía Adam Worth? Ese sombrío genio se había distinguido apropiándose de \$30,000 de la Atlantic Transportation Co. de N. York. Pero después, las cajas de caudales de una compañía de seguros de Cambridge, su ciudad natal de Worth, fueron abiertas y se les sustrajo la suma de \$20,000. En seguida el Banco de Baylestown perdió un millón de dólares a través de un túnel que se hizo desde una barbería vecina.

Todos estos escandalosos robos colmaron la paciencia de los banqueros robados. Llamaron apremiosamente a Pinkerton. Billy reunió la flor y nata de su personal y dio comienzo a sus trabajos. "Quiero que preñen a los siguientes individuos" ordenó a sus hombres: "¡Ike March, Bob Cochran y Piano Charlie Bullard!". Esta fue la primera de sus ayudas. Adam Worth, por su parte, no se había devuelto en sus laureles. Dividió el botín entre él y sus cómplices y en seguida los dispersó. Cochran regresó a su patria, el Canadá. March se dirigió a Irlanda, en donde murió. El vigilante Pinkerton al otro lado del Atlántico siguió atentamente las actividades de Worth, pero como el bandido no molestaba a los clientes de "El Ojo", Billy no dio peso alguno en su contra. Lo que Worth hacía a los clientes de otros detectives, era un asunto aparte y no incumbía al "Ojo".

## PARAÍSO DEL CRIMEN

Cuando Worth y Bullard desembarcaron en Liverpool encontraron que Inglaterra era el paraíso de los delincuentes. Los comerciantes guardaban sus valores en lo que irónicamente llamaban cajas fuertes. Para los talentosos violadores de cajas de hierro, esos receptáculos eran fáciles. La firma de Worth y Bullard aseguró primero un montepío de su apostado y luego, como si nada, se apropiaron de miles de libras esterlinas. Poco después, en Londres, Worth (conocido ahora como Harry Raymond) y Bullard se establecieron en una elegante casa. Sus habitaciones en Piccadilly se convirtieron en el punto de serie de falsos y mujeres de la alta sociedad.

A todas las damas que visitaban a Raymond se les pedía que mostraran una lista de huespedes distinguidos. El muchacho era olvido, sin embargo no pareció despertar sospechas cuando más tarde se produjo una serie de falsos y mujeres de la alta sociedad.

Se mudó a Francia. Allí Worth-Raymond mantenía un yate de vapor, el "Shamrock", mandado por una tripulación de veinte hombres. Hizo viajes a muchas tierras y nunca regresó con sus manos vacías. Los clientes del Mediterráneo se hipotecaron el objeto principal de sus depredaciones. También ro-

## COMO LO HICIERON.

Worth y Phillips habían decidido robarse "La Duquesa de Devonshire". El último era un hombre hereditario y el primero los delgados y livianos que pesaba sólo 130 libras. En una noche oscura, Worth, Phillips y un cómplice se dirigieron por Piccadilly hasta el establecimiento de arte. Entonces, mientras el cómplice se quedaba de guardia, Worth se encaramó sobre los hombros de Phillips, llegó hasta la sala de exposiciones del segundo piso y se apoderó de la valiosa pintura. Este cuadro viajó por varios países

de Francia que su residencia allí se hizo insostenible.

## ROBA DIAMANTES

El y su banda llevaron entonces sus talentos a Suiza. Asia, en donde por casualidad, los fueron puestos presos. La riqueza de Worth, sin embargo, le permitió comprar su libertad. Se dirigieron nuevamente a Inglaterra cuando una partida de bandidos los hizo prisioneros. Nuevamente el oro de Worth compró su libertad.

La escena se mudó entonces a Kimberley, pues en Worth se había desarrollado un carifio especial por los diamantes. En el correo Worth interceptó una remesa de diamantes en bruto que valía \$70,000. Es posible que Worth se hubiera formado una brillante habilidad del bandido al analizar el hecho de que no sólo logró sacar los diamantes del país sin ser notado, sino que hizo encarecer por robo al jefe de la oficina de correos de la Ciudad del Cabo. De vuelta en Londres, Worth

se dedicó a actuar como corredor de diamantes. No hay necesidad de decir que prosperó. Fue entonces cuando un ladrón británico llamado Harry Phillips se dirigió a Adam con una sorprendente información. Agnew y Co., comerciantes en objetos de arte acaban de comprar a Christie el célebre cuadro al óleo, de Gainsborough, "La Duquesa de Devonshire", por la enorme suma de \$53,000. Agnew y Co. habían colocado la pintura en un lugar visible sobre una ventana del segundo piso en el interior de su sucursal. Esto era algo atrevido con Adam Worth suelto en la ciudad.

## La Próxima S

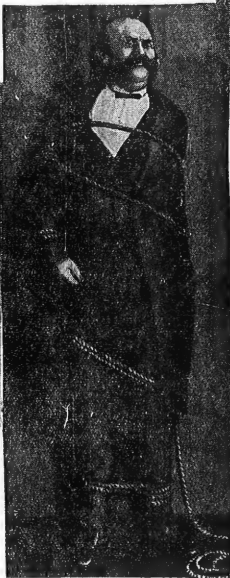
Secretos de los métodos de los ladrones de seguridad y ladrones de la ciencia de las impresiones digitales alteran los registros de las pildas de Sing-Sing y crimen siglo XIX, incluyendo el caso Jewett, famosa "mariposa"

# Asaltos Descubiertos por la Ciencia de los PINKERTONS

**Billy Pinkerton Revela Calidades de Gran Sabueso, Capturando Asaltantes de Cajas de Seguridad, a Ladrones de Joyas y a los Más Altos Exponentes de la Delincuencia Internacional. ADAM WORTH el Rey de los Violadores de Caudales, Roba y Huye con el Cuadro La Duquesa de Devonshire. Le Da Caza EL OJO**



**GENIO DEL CRIMEN.** - Adam Worth, falsificador de cheques, violador de cajas de seguridad, ladrón de diamantes, artista de asaltos, ladrón de bancos y ratero vulgar. Su "golpe" para apoderarse de la tela de Gainsborough es único en los annales del robo internacional. Worth era un gran señor del crimen; viajaba en un lujoso yate, llamado Shamrock por todos los mares del mundo.



**MANIATADO.** - Interesante fotografía de Jack Phillips, tomado en Scotland Yard. Este famoso ladrón y cómplice de Adam Worth en el robo de la tela "La Duquesa de Devonshire" aparece atado a una fuerte columna.

fué necesario enviar el pedazo del cuadro a la cárcel.

Worth se encontró solo en posesión del cuadro de Gainsborough, pero era para él un verdadero elefante blanco, pues nadie con un poco de sentido común habría soñado en tratar de disponer de él en el mercado. Además, había mucha indignación en Scotland Yard. Se había dado al robo considerable publicidad internacional y Worth se encontraba en duros aprietos especialmente cuando Phillips empezó a pedir en todos los tonos su parte en el producto de la venta, la cual no se había llevado a cabo.

## EL FAMOSO CUADRO

Hubo una riña pública entre los delincuentes. El hombre más delirante atacó a Phillips y éste le estaba dejando inconsciente a puntapiés cuando intervinieron la policía. Scotland Yard, naturalmente tenía la "certeza moral" de que "La Duquesa de Devonshire" se encontraba en poder de Worth. Un esteco a su casa no produjo ningún resultado. Su yate lam-



**"EL OJO" EN PERSONA.** - Instantánea de William A. Pinkerton, descendiendo las gradas de la Prefectura de Policía de Nueva York. Es notable el aspecto de concentración en los fuertes rasgos de su rostro y la firmeza de su mirada.

después de haber cumplido su condena. Adam Worth, aunque sabiendo que "El Ojo" le seguía los pasos, continuó sus depredaciones. Hizo dos viajes a los Estados Unidos. Durante uno de estos viajes, sorprendió al barco una terrible tempestad. El capitán y todos los oficiales fueron arrebatados por las olas. El astuto Worth descubrió que en la lista de pasajeros estaba incluido un marinero con licencia. Convenció a este individuo que el barco, de acuerdo con la ley de salvamentos navales, era de su propiedad, y lo oyó a llevar adelante su demanda. La compañía naviera, propietaria del vapor tuvo que arreglar el asunto por cincuenta mil pesos. Worth y el marinero se dividieron las utilidades.

Esta fue sólo una ganancia incidental. Lo que hizo más notable el viaje fue el hecho de que Worth llevaba consigo la pintura de Gainsborough, ésta reposaba en el doble fondo de un baúl construido especialmente. Worth depositó el baúl en una bodega de Brooklyn. Allí le dejó por espacio de 5 años. De allí lo llevó a Boston. Nunca tuvo oportunidad de disponer de su artístico elefante blanco y al darse cuenta de la imposibilidad de hacerlo, decidió haberlo llenado de contrabando.

Un año después, Worth estaba proyectando robar los vagones correos de Bélgica. Esta vez dió un resbalón. Billy Pinkerton tuvo conocimiento del plan

y notificó a las autoridades belgas. Adam fue aprehendido y, por primera vez en el curso de su extraordinaria carrera, fue condenado a prisión, siete años. Desde la cárcel envió por Pat Sheedy, el jugador, en quien Worth sabía podía confiar. "Tengo tuberculosis", confió a Pat. "Se que no vivirá largo tiempo. He incurrido en la enemistad de "El Ojo" y quisiera hacer las paces con él antes de morir."

"Hay una sola manera de hacerlo", le aconsejó Sheedy, "entregale al Gainsborough". Worth, tosiendo, asintió. Después de haber salido de la cárcel escribió a Pinkerton diciéndole que se embarcaran para Nueva York. Ellos y Pinkerton, en su hotel, esperaban febrilmente el cumplimiento de la promesa de Worth. Golpearon la puerta del apartamento. "¿Un paquete para el Sr. Agnew!", se oyó la voz de un mensajero. Con los dedos trémulos Agnew abrió el paquete. Entonces exclamó profundamente emocionado: "Es el Gainsborough, gracias a Dios!". Y en verdad era la famosa tela. Después, durante el tiempo que siguió a la entrega del cuadro y la partida de Agnew, Billy Pinkerton estuvo a cargo de la custodia del valioso cuadro.

Adam Worth — o su sombra — obtuvo 5000 libras de gratificación. Pinkerton se negó a aceptar nada. Dos años después el ladrón maestro murió de su enfermedad crónica. Desde su lecho de muerte envió a "El Ojo" todos los derechos para que revelara la verdadera historia del asunto. También envió una pensión a Helen, una muchacha que había sido despreciada de su madre en una iglesia de México.

Se presume que el fin de Worth fue feliz. No habría sido un pensamiento tranquilizador bajar a la tumba con el ojo de Billy Pinkerton hijo su negro el de un enemigo implacable.

Worth y Phillips decidieron robar la tela. Había en esto una razón no del todo mercenaria. Uno de los individuos de la banda de Worth se encontraba preso por un delito de poca importancia. Era imperativo que el hombre fuera puesto en libertad cuanto antes, por temor a que denunciara sus cómplices. De manera que se usó increíble osadía Worth y Phillips a poner su plan en acción.

Phillips tenía una figura hercúlea, era un verdadero gigante, pesaba más de 200 libras y

**Una Semana**

**Los violadores de joyas y ladrones de Bancos; los asaltantes de cajas de seguridad; los asesinos de las prisiones; los asesinos de los criminales famosos del mundo; el asesinato de Helen Mariposa de Broadway.**

medía seis pies de estatura. Este equipo físico era el complemento necesario para los planes de Worth. Adam, un individuo delgado que pesaba 130 libras, era la figura secundaria en el asunto. En una noche oscura, Worth, Phillips y un cómplice, Joe Elliott, se dirigieron al establecimiento de Agnew. Entonces, mientras Elliott montaba guardia, Worth se encaramó sobre los hombros de Phillips, llegó hasta la sala de exposiciones del segundo piso y se apo-

deró de la valiosa pintura. Este era el plan: Worth, con un cuchillo, debía cortar su pedazo rectangular del cuadro y enviarlo a su cómplice a la prisión. Éste a su vez, tenía que entregar el fragmento a las autoridades de la cárcel pidiéndoles que lo entregaran a Agnew. Esta sería prueba suficiente de que el preso tenía relación de amistad con los ladrones. Sin embargo, por medio de una jugada legal, Worth pudo obtener la libertad del prisionero y no

POR AUSTIN O'MALLEY Y KENT A. HUNTER



# EL CASTIGO DE DABARINKABA

Ilustración  
de  
GUEVARA



GUEVARA

**E**N tiempos antiguos, las mujeres podían pegar a los hombres. Ningún hombre podía librarse de ello. Una mujer hacía todo lo que quería y a su marido le pasaba una mala pasada. Dabarinkaba dijo: "Espera, eso lo cambiaré yo. Pasado mañana comen arroz". La mujer le dijo al marido: "¿Qué? ¿Comen arroz?". Dabarinkaba dijo: "Espera, eso lo cambiaré yo. Pasado mañana comen arroz". La mujer le dijo al marido: "¿Qué? ¿Comen arroz?". Dabarinkaba dijo: "Espera, eso lo cambiaré yo. Pasado mañana comen arroz".

## LLAMO LA MUJER

Un día, el marido compró un esclavo llamado Dabarinkaba. Le dijo a Dabarinkaba: "Mi mujer hace todos los días arroz y carne para su akakamale y para mí una mala pasta. El amante lo pasa bien y el marido mal". Dabarinkaba dijo: "Espera, eso lo cambiaré yo. Pasado mañana comen arroz". La mujer le dijo al marido: "¿Qué? ¿Comen arroz?". Dabarinkaba dijo: "Espera, eso lo cambiaré yo. Pasado mañana comen arroz". La mujer le dijo al marido: "¿Qué? ¿Comen arroz?". Dabarinkaba dijo: "Espera, eso lo cambiaré yo. Pasado mañana comen arroz".

exclamó, horrorizado: "¡Oh, has matado al hijo del rey, has matado al hijo del rey!". El ladrón dijo: "No, yo no lo he matado". Dabarinkaba dijo: "Voy a denunciarlo". El ladrón dijo: "¡Vas a denunciarlo!". Dabarinkaba dijo: "Sí". El ladrón preguntó: "¿Vas a denunciarlo?". Dabarinkaba dijo: "Sí". El ladrón preguntó: "¿Vas a denunciarlo?". Dabarinkaba dijo: "Sí". El ladrón preguntó: "¿Vas a denunciarlo?". Dabarinkaba dijo: "Sí". El ladrón preguntó: "¿Vas a denunciarlo?". Dabarinkaba dijo: "Sí". El ladrón preguntó: "¿Vas a denunciarlo?". Dabarinkaba dijo: "Sí".

Dabarinkaba dijo: "En todo caso, habéis matado al hijo del rey. Tengo que denunciarlo". Los cazadores dijeron: "¡Vas a denunciarlo!". Dabarinkaba dijo: "Sí". Los cazadores dijeron: "¡Vas a denunciarlo!". Dabarinkaba dijo: "Sí". Los cazadores dijeron: "¡Vas a denunciarlo!". Dabarinkaba dijo: "Sí". Los cazadores dijeron: "¡Vas a denunciarlo!". Dabarinkaba dijo: "Sí". Los cazadores dijeron: "¡Vas a denunciarlo!". Dabarinkaba dijo: "Sí".

## A LA CIUDAD

Los cazadores llevaron toda la miel que habían cogido este año y el anterior al señor de Dabarinkaba. Dabarinkaba cogió el cadáver, lo metió en el saco y se lo llevó de allí, atrayéndolo un buen trecho al bosque. Dabarinkaba se acercó bastante a su pesado saco por el bosque. Vió dos cazadores subidos a un árbol y que buscaban a la miel. Dabarinkaba puso a un lado el saco y se acercó al árbol, gritando: "¡Que hacéis allí arriba!". Uno de los cazadores respondió: "Estamos cogiendo miel". Dabarinkaba exclamó: "¡Dadme miel o me voy a morir!". Los cazadores exclamaron: "No, no te damos nada". Dabarinkaba exclamó: "¡Dadme miel o me voy a morir!". Los cazadores exclamaron: "No, no te damos nada". Dabarinkaba exclamó: "¡Dadme miel o me voy a morir!". Los cazadores exclamaron: "No, no te damos nada".

In salpicó con sus polvos mágicos. Entonces la naraja voló por la ciudad, afectando la mitad derecha de la cabeza a todos los mozos. Los mozos de la ciudad se quedaron asustados. Se hicieron todos gorras y se les calaron. El convejo del rey se puso en el medio y le quitó al primero la gorra. Tenía la mitad de la cabeza rapada. El convejo dijo: "Espera, que voy a ir. No tiene objeto". Los mozos se sentaron en carro. El convejo del rey se puso en el medio y le quitó al primero la gorra. Tenía la mitad de la cabeza rapada. El convejo dijo: "Espera, que voy a ir. No tiene objeto". Los mozos se sentaron en carro. El convejo del rey se puso en el medio y le quitó al primero la gorra. Tenía la mitad de la cabeza rapada. El convejo dijo: "Espera, que voy a ir. No tiene objeto".

## POVELOS MÁGICOS

Al día siguiente cogió el muchacho su kullam-sujle (naraja de alfiler). La salpicó con polvos mágicos y le quitó al primero la gorra. Tenía la mitad de la cabeza rapada. El convejo dijo: "Espera, que voy a ir. No tiene objeto". Los mozos se sentaron en carro. El convejo del rey se puso en el medio y le quitó al primero la gorra. Tenía la mitad de la cabeza rapada. El convejo dijo: "Espera, que voy a ir. No tiene objeto".



4

**Geniol**  
QUITA EL DOLOR

en un día  
bastan para  
cortar un Res-  
frío quitándole  
su gravedad,  
Millares de per-  
sonas así lo  
hacen, y con  
entusiasmo  
también a otras  
lo recomiendan.  
Contra Resfríos,

Geniol  
es lo mejor.



El GENIOL,  
por su bondad  
y por su pro-  
paganda, hará  
conocer más la  
Argentina en el  
exterior que to-  
dos los otros  
medios em-  
pleados hasta  
hoy.

Proximamente  
iniciaremos la  
venta y propa-  
ganda del GE-  
NIOL en varios  
países de Eu-  
ropa.

# Calma

Los más fuerte dolores de  
cabeza desaparecen en cuan-  
to se toma un GENIOL.

# Entona

Produce una rápida y saluda-  
ble reacción orgánica que  
levanta el espíritu más de-  
primido.

# Descongestiona

El GENIOL al descongestio-  
nar y serenar los nervios da  
una soberbia lucidez inte-  
lectual.

Estas son las tres virtudes características de la  
triple y bien estudiada fórmula del

**30** cts. **Geniol**  
QUITA EL DOLOR

Vale el librito  
de 4 Dosis